

ORACION FÚNEBRE  
QUE Á LA INMORTAL MEMORIA  
DEL ILMO., EXCMO. Y EMMO. SEÑOR  
**D. PEDRO DE QUEVEDO Y QUINTANO,**  
PRESBITERO CARDENAL DE LA IGLESIA ROMANA; EX-  
REGENTE DE ESPAÑA É INDIAS, CABALLERO GRAN CRUZ  
DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN DE CARLOS III,  
OBISPO DE ORENSE, ETC. ETC. ETC.

Dijo,

en las Honras que el Ilmo. Cabildo celebró  
por su dignísimo Prelado,

**EL LIC. D. SANTOS MAJADA**  
*Abad de Santa Eufemia la Real de Orense,*  
el dia 10 de Abril del año de 1818.

Acompaña una Carta del mismo Autor, en que da parte  
á un amigo suyo de las circunstancias de la muerte de su  
Prelado, la que no dejará de ser interesante á los afectos  
á S. Emá.; como tambien el Acto de Contricion  
que decia en todos sus Sermones.



CON LICENCIA.

Santiago: Oficina de D. Juan María de Pazos.

M.DCCC.XVIII.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL: 773-936-3700

UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL: 773-936-3700

UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL: 773-936-3700

**M**uy Sr. mio: No hay regla tan general que no tenga su excepcion; y en mí siempre la ha tenido la tan sabida de todos con que vm. me quiere persuadir, que no hay padre ni madre á quien sus hijos parezcan feos. Si, mi amigo; padre soy y madre, y todo lo que vm. quiera, de la Oracion fúnebre que pronuncié en las solemnísimas Honras que el dia diez del corriente celebró este venerable Cabildo en su Iglesia Catedral por nuestro Ilmo., Excmo. y Emmo. Prelado el Sr. D. Pedro Quevedo y Quintano, Cardenal Presbítero de la santa Iglesia Romana, Caballero gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III y Obispo de Orense, cuya pérdida no acabamos de llorar todavía; pero ni todos los elogios que su basta erudicion la prodigan fueron capaces de alterar el concepto que á mí me ha merecido; ni todo el amor de padre pudo alucinarme tanto que deje de traslucir mucho de obscuridad y desaliño, donde vm. supone tanto de claridad y artificio; mucho de frialdad y confusion, donde vm. no encuentra mas que oportunidad y valentía; mucho de generalidad y abatimiento, donde para vm. todo es fuego, todo elevacion y viveza.

Y valga la verdad: ¿Que quiere vm. que hiciese en el corto espacio de solos cuatro dias que me dieron para componerla, mandarla á la memoria y pronunciarla? Cuando no hubiera tenido necesidad de emplear muchos ratos

en mendigar de unos y otros las noticias de varios hechos y circunstancias que absolutamente ignoraba, ó en que no estaba suficientemente instruido, ¿le parece á vm. que solos cuatro días es tiempo suficiente para formar una Oracion fúnebre (y de un Señor Cardenal Quevedo nada menos) tan perfecta y acabada que no tenga mucho que enmendar?

Sin embargo de esto, vm. tiene el mas formal empeño en imprimirla; y á fin de autorizarse con mi permiso parece agotar todos los recursos de su ingeniosa persuasiva. Le confieso á vm., que nunca mi gratitud se sintió menos dispuesta á complacerle, y aun serían inútiles tantas invectivas á no haber tenido la discreta precaucion de tocarme en lo mas vivo; mas la dura alternativa en que vm. quiere ponerme no me deja libertad para no prestarle á sus deseos. No puedo lisonjearme de que ese precipitado parto de mi tosco ingenio sea de todos bien recibido; pero si mi resistencia á que se imprima ha de ser motivo para que vm. me diga que no soy capaz de tomar interes en que se perpetue en la Nacion aquel superior concepto, aquella veneracion y aprecio que siempre la ha merecido el grande hombre que acaba de perder; si ha de servir de ocasion para que vm. me eche en cara que tuve la vileza de sacrificar á un vano é infundado temor, á las censuras del público, todas las consideraciones que debo á la respetable memoria de un Prelado que con tan particulares distinciones tuvo la bondad de honrarme en vida, y que el demasiado ascendiente de mi amor propio pudo

hacerme olvidar la gran confianza que de mí hizo, y la mucha estimación que le he debido; desde ahora tiene *vm.* mi permiso, no tan solamente para imprimirla, sino tambien para publicarla á voz de pregon, si así le agradase, en todas las provincias de la Monarquía. No se me oculta el juicio que habrá de merecer, esa producción mia á la melindrosa crítica de tantos presumidos de sabios como vemos en nuestros dias; pero aun me queda la satisfacción de que la prudencia de los que con toda propiedad merecen este dictado me hará la justicia de hacerse cargo, que al fin es obra de solos cuatro dias; y mas quiero verme expuesto á la mordacidad de aquellos, que cargado de los odiosos predicados con que *vm.* trata de honrarme. La demasiada precipitación con que la he formado habrá sido causa de que tal vez no perciban todos la alusión de algunos pasages, así historiales como morales; mas para reparar algun tanto esta falta, vea *vm.* si tiene por oportuno insertar las adjuntas notas, con las respectivas llamadas á los lugares donde corresponden: me parece que con esto ya nada le resta á *vm.* para llevar adelante su empeño. Voy á ver si en lo demas acierto á llenar sus deseos.

La muerte del Sr. Cardenal Quevedo, que tanta sensación hizo así en la Provincia como tambien fuera de ella, parece no haber tenido tanto de imprevista é inesperada para S. Emâ., quanto lo tuvo para todos los que la lloramos y sentimos. No me atreveré á asegurar á *vm.*, que anticipadamente hubiese tenido revelación alguna del tiempo, dia ú hora que habia de suceder; pero no nos faltan

algunos fundamentos para presumirlo á lo menos. Ello es que el veinte y cinco de Marzo, dia de la Anunciacion, cuarto de Pascua y tercero antes de su muerte, habiendo hecho un largo sermón al Pueblo, como tenia de costumbre en todos los dias de fiesta, yendo ya á bajarse del púlpito dió muestras de que alguna cosa interesante tenia aun que advertir; y volviendo á llamar la atencion del auditorio profirió aquellas palabras del Evangelio del dia anterior: *Mane nobiscum quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies.* Y contrayéndolas á sí mismo, hizo de ellas una glosa tan oportuna, tan tierna y tan patética, que enterneció á todos los que le oían, tanto mas, quanto no parecia hecha á otro fin que á anunciarles el próximo término de su vida; y efectivamente, cuando no hubiera tenido otro objeto que este no podía usar de expresiones mas terminantes que las que entonces le oimos. Algunos dias antes ya se le habia oido decir, que estaba para durar muy poco y que por momentos esperaba el término de su vida. Y lo que todavia es mas para sorprender, en el mismo Viernes cuya noche fué la última de sus dias, volviendo de paseo reconvinó al Literero porque no habia repuesto un vidrio de la Litera, como se lo tenia prevenido; y habiendo este contestado que lo tenia encargado á Portugal y que de un dia á otro llegaría, le dijo S. Emâ.: *Ya viene tarde, y no es necesario.* De estos hechos podrá vm. inferir lo que mas le agrade.

Lo que no tiene duda alguna es, que la única causa de su muerte no fué otra que aquella rotura que le oca-

sionó años hace una mala caída yendo de visita, cuyas funestas consecuencias, que en otro pudieran seguramente precaverse, en S. Emã. las hizo absolutamente necesarias aquel tan escrupuloso aprecio que hizo siempre de su pureza, y aquella delicadeza tan esmerada en conservarla, que como vm. sabe ni aun la luz consintió jamás para vestirse y desnudarse; y es para admirar ciertamente, que debiendo ser tan intensos como frecuentes los dolores que debió ocasionarle en tantos años, nunca se le oyó quejar, ni llegó á perder aquel jovial agrado que formaba una gran parte de su caracter. Esta rotura llegó á ponerle en un estado tan fuera de la esfera de lo creible, que llegado el caso de reconocer su cadáver para embalsamarle, quedaron tan asombrados los facultativos, que hasta ahora no pudieron comprender como pudiese sostenerse en pie un hombre que aun postrado en una cama con dificultad podría moverse sin indecible trabajo.

Á pesar de todo esto, tan lejos estuvo de creerse autorizado para dispensarse de la mas mínima de las obligaciones de Prelado, que por el contrario jamás se le observó mas exacto, mas activo é infatigable, aunque nunca dejó de serlo, como vm. sabe; y no parecía sino que sus mismos achaques, al paso que por una parte iban debilitando las fuerzas de su cansado cuerpo, comunicaban cada vez mas vigor á su espíritu, empeñándole aun mas de lo acostumbrado. Asi es, que en toda esta Cuaresma le hemos visto predicar, no tan solamente los dias de fiesta, como acostumbraba hacerlo indefectiblemente todo el año,

sino tambien muchos de los feriales. Y cuando en la Catedral habia de hacerlo alguno de los Predicadores de tabla, se iba á alguna de las Iglesias de esta capital, que era siempre aquella en que mas gente hallaba, á explicar la *Doctrina Cristiana*, haciendo en seguida unas exhortaciones admirables. Le hemos visto en el *Jueves Santo* celebrar la *Misa mayor*, hacer la consagracion de los *Óleos*, dar la *comunión* á los *Eclesiásticos* y demas dependientes de la *Catedral y Palacio*, servir la comida á los *Pobres*, lavarles los *pies*, predicar el *Mandato* y asistir á *tinieblas*, como todos los años. Le hemos visto en el *Viernes Santo* celebrar como el dia anterior todos los *Divinos Oficios* de la mañana, y predicar por la tarde el *Sermon* de las tres horas; bien que antes de llegar al púlpito tuvo necesidad de apoyarse en una debil tabla medio desmayado, y esta fué la primera vez que pudimos traslucir la gravedad de sus males en algunos casi imperceptibles ayes. Le hemos visto predicar los cuatro dias de *Pascua*, y cumplir con tanta exactitud con todos los ejercicios de su vida privada como lo habiamos observado en los anteriores años. Y en una palabra: nunca le hemos visto mas exacto en el cumplimiento de sus obligaciones pastorales, que cuando mas imposibilitado estaba para desempeñarlas.

Mas al fin, aquella naturaleza, agoviada con el peso de ochenta y dos años de edad y cuarenta y dos de obispado; hubo de ceder á la violencia de un achaque capaz de inutilizar al hombre mas robusto y esforzado, cuyo

término, segun se ha visto despues, no podia ser otro que la interior gangrena, que acabó de privarnos del Prelado mas amable.

La noche del Viernes de Pascua, dia veinte y siete de Marzo, será siempre la época mas memorable en todo este Obispado, y recordará á las edades futuras una identidad de sentimientos y una union de voluntades, de que en todas las historias no hallará vm. muchos egemplares. Vm. podrá decirme, que la virtud tiene siempre tales atractivos, que aun á sus mismos enemigos pone en la feliz necesidad de que la respeten y la amen; y que hay y ha habido Prelados que por sus virtudes pastorales llegaron á ser como el ídolo de sus respectivos rebaños. ¿Mas quien es, ó ha sido aquel Prelado, que si tuvo cien ó mil ovejas que le idolatrasen, no tuviese algunas, y tal vez otras tantas, que le detestasen; y que tanto como fué el amor y aprecio que pudo haber merecido á las unas, no fuese la indiferencia ó el desagrado que experimentó en las demas? Ni deja lugar á otra cosa la condicion de todas las sociedades humanas. Estas, cualesquiera que ellas sean, necesariamente han de componerse de hombres buenos y malos, y otros que podemos llamar medios entre aquellos y estos, porque tienen mucho de unos y otros. Un superior ó Prelado, si es bueno, asi como no podrá menos de captarse la veneracion de los buenos, asi tampoco dejará de ser odioso á los malos, y al contrario; y los medios fluctuan siempre en una cierta indiferencia, que los tiene tan dispuestos para aborrecerle como para amarle. Y esta es

la razon por que los Angeles mismos que viniesen á mandarnos no podrian acertar á dar gusto á todos, y por consiguiente harian de pasar por la misma alternativa á que estan siempre expuestos todos los que mandan.

Mas de esta ley tan general, con toda verdad puede llamarse excepcion el Sr. Quevedo y Quintano. Era un Prelado tan justificado, tan recto, tan exacto, tan sabio, tan enemigo de adular á nadie, y en una palabra, un Prelado tan completo como todos saben: era tan amante de sus ovejas, que á todas sin excepcion alguna amaba con toda la ternura de un verdadero Padre; ni su amor se estendia mas á sus mismos domésticos y llegados que al mas desvalido y miserable de su rebaño. Vm. mismo ¿cuantas veces le ha visto enternecerse y derramar copiosas lágrimas al verse con las manos atadas con la escasez de medios, que no le dejaba arbitrios para socorrer como quisiera todas sus necesidades? Pero si todo esto es cierto, como vm. no ignora, tambien lo es, que en la noche del veinte y siete de Marzo, asi su Pueblo de Orense como todo su Obispado dió las pruebas mas decisivas de que, si el Señor Cardenal Quevedo amó con todas las entrañas de Padre á todas y cada una de sus ovejas, todas y cada una de sus ovejas amaban al Señor Cardenal Quevedo con toda la ternura de verdaderos hijos.

En aquella misma tarde le habian visto salir á paséo y volver á su Palacio, tanto mas agenos de pensar que fuese la última que tenian el consuelo de ver á su Prelado, cuanto esta misma salida les hizo variar el concepto que podian

haber formado de la gravedad de sus males. Y efectivamente, aun sus mismos domésticos no observaron cosa alguna que debiese ponerles en el menor cuidado. Viéronle rezar el Oficio Divino como acostumbraba y cumplir con todos los egercicios de su vida privada: viéronle hacer colacion (ya sabe vm. que toda su vida tuvo la devocion de ayunar rigurosamente todos los Viernes del año): tomó en seguida los baños de pies, con que desde algunos dias antes se andaba medicinando; y habiéndose acostado empezó á experimentar tanta debilidad, que conoció la necesidad de rehacerse con algun interior reparo; pero su estremada delicadeza y escrupulosidad en cumplir con el ayuno no lo permitió entonces, y asi mandó que despues de las doce le entrasen un poco de vino con un vizcocho. Hizose así aunque no llegó el caso de tomarlo, pues apenas se incorporó en la cama, la palidéz se presentó en su rostro con tan mortales señales, que al sirviente no le quedó duda alguna de que su hora era llegada, tanto mas, quanto echó de ver que tomando en sus manos el rosario que siempre traía al cuello, empezó á decir con voz fervorosa, aunque lánguida y desmayada: Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam; únicas palabras que pudo percibirle, si bien no dejó de advertir que movia los labios. Al momento reunió toda la familia de Palacio, que casi toda estaba ya acostada, como quien no tenia motivos para estar con cuidado; mas si algunos pudieron recoger sus últimos suspiros, los mas ya le hallaron cadaver, habiéndose verificado su muerte poco antes de las doce y media

de aquella noche; pero con tal rapidéz, que en mas breve tiempo sucedió que el que se tarda en contarla.

Tal ha sido el término de la mortal vida del Señor Cardenal Quevedo y Quintano; de aquel Gran Prelado, modelo de los Prelados; de aquel venerable Obispo, que inmortalizó el nombre de este Obispado; de aquel Padre de los pobres, Amparo de los huérfanos, Protector de las viudas y Defensor de los desgraciados; de aquel Oráculo de los sabios, Astro de la Iglesia, Consultor de los Reyes y Columna del Estado. *Vm.*, que tan repetidas veces observó su vida pública y privada, sabe aun mejor que yo, que entre los poquísimos que acertaron á llenar toda la extension de estos dictados, nadie puede disputarle esta gloria al Señor Quevedo y Quintano; y que una muerte tan inesperada para todos los que la lloramos, no pudo hallar desprevenido á un Prelado que todos los dias indefectiblemente purificaba su conciencia con la Confesion Sacramental, despues de un exámen tan escrupuloso, tan detenido y prolijo, que llegaba al extremo de requerir á todos sus familiares para que le dijesen lo que en aquel dia habia hecho ó hablado, hasta tener la nimiedad de preguntarles el número de bendiciones que le hubiesen visto echar; ni tendrá dificultad en persuadirse que una muerte de estas circunstancias no pudo dejar de ser un don especialísimo del cielo, con que el Dios de las bondades quiso dispensarle de la indecible amargura que necesariamente habria de experimentar la ternura de su corazon, si una muerte lenta le diese lugar á advertir el dolor, el des-

consuelo, el llanto en que habia de poner, tanto á sus domésticos como á todo su Obispado, las tristes noticias de la gravedad de sus males. Y quien sabe si en aquel reservar tanto el estado de sus achaques, aun á sus mismos familiares y privados, tuvo la mayor parte el querer ahorrarles la pena y afliccion que debia ocasionarles! Nada es inverosímil en un Prelado á quien sus propios males afligian incomparablemente menos, que el ver una sola de sus ovejas contristada por su ocasion ó causa.

Poco mas era de la una de la noche cuando las campanas de la Catedral con las de las demas Iglesias y Conventos, interrumpiendo el silencio de la noche con la señal de agonía, hicieron entender al Pueblo la muerte de S. Emâ. Y ¡cosa estraña! siendo en esta poblacion tan frecuentes estas señales y en semejantes horas, no habiendo, como llevo dicho, motivo ni aun para sospechar la causa, á nadie se le ocurrió detenerse á preguntarla; sino que dando por supuesto que no podia ser por otro que por S. Emâ., la consternacion y el sobresalto, desterrando el sueño de todos los habitantes, los deja sumergidos en un triste y clamoroso llanto. El niño y el anciano, el amo y sus criados, el comerciante y el artesano, el seglar y el eclesiástico, en melancólicos suspiros parecen exalar sus almas. Y si vm. se figura el dolor de un Padre que acaba de perder en un hijo único el norte de sus esperanzas, la pena de una Esposa derramando copiosas lágrimas sobre el frio cadáver de su difunto Esposo, el desconsuelo de un hijo llorando la muerte de su tierna Madre, la pena de un ami-

go que acaba de perder á su amigo, habrá formado alguna idea del desconsuelo en que aquella noche quedaron abismados todos estos habitantes. Ni la luz del claro y sereno dia que amaneció en el veinte y ocho sirvió de otra cosa, que para hacer mas perceptible la consternacion y el sobresalto. La tristeza retratada en los semblantes, rostros bañados en lágrimas, tristes y melancólicos ayes; esta era la perspectiva de todo el vecindario de esta capital en aquel dia y mientras duró el novenario; y hubieran sido inútiles todas las precauciones tomadas para reservar al pueblo el respetable Cadaver todo el tiempo que fué necesario para embalsamarle y exponerle al público con la pompa debida á su eminente dignidad, para contener la impaciencia de un pueblo que ansiaba por verle, besarle y abrazarle, si aquel respeto, veneracion y amor que la muerte misma no pudo debilitar en nada dejase de obrar con todo su imperio en la gratitud de este afligido vecindario. Mas al fin, al romper el dia veinte y nueve logró lo que tanto deseaba, y no tuvo poco que hacer la tropa para contener los amorosos impulsos que agitaban una multitud, que apenas tenia libertad para separarse del Cadaver. Y era de ver los tristes y melancólicos desahogos del sentimiento de tantos forasteros de todas clases y edades que atrajo la noticia de la sensible muerte de S. Emâ., que con increíble rapidéz se estendió por todo el Obispado, los que reunidos á los de la ciudad presentaban un espectáculo capaz de enternecer la misma insensibilidad; siendo de notar el riguroso luto en que, sin haber precedido aviso

alguno, se dejaban ver por estas calles tanto los vecinos como los estrangeros, hasta que llegó á verificarse el funeral, en cuyo tiempo se observaron inviolablemente cerradas todas las tiendas, con igual rigor que si fuese en el dia de Corpus ó Jueves Santo.

Estuvo de cuerpo presente hasta el primero de Abril, y este Ilmo. Cabildo nada dejó de hacer de cuanto creyó necesario para solemnizar su entierro, de un modo digno de su gran Prelado. Solicitó del Ilmo. Sr. Obispo de Lugo se sirviese venir á celebrar de Pontifical, quien no menos deseoso de dar á S. Emâ. este último testimonio de su veneracion y amor que de complacer á tan respetable corporacion en tan piadosa demanda, se dirigió luego á esta capital. Comisionó igualmente al Sr. Cardenal D. Pablo Grondona, para que dispusiese se levantase un Túmulo correspondiente al elevado caracter del purpurado Cadaver que en él se habia de depositar.

Llegado pues el primero de Abril, dia señalado para celebrar el funeral, fué tal el inmenso gentio que concurrió de todas partes á acompañar al Difunto, que apenas se podia andar por las calles; numerosísimo el cuerpo de Eclesiásticos seglares, y todos los Monasterios asi Benedictinos como Bernardos del Obispado reunieron en esta cuantos Monges pudo cada uno de ellos, resultando de todo un acompañamiento tan numeroso, tan brillante, tan propio para solemnizar mas y mas el funeral. Nadie se creyó autorizado para no asistir y acompañar las cenizas de tan digno Prelado; y muchas personas tullidas é imposibilitadas

se hicieron llevar hasta la Iglesia, á pesar de que la carrera fué extraordinaria y mucho mas larga de lo regular. Los Eclesiásticos, así seculares como regulares, varios Oficiales militares de la mayor distincion y muchas otras personas de elevado caracter, dieron en este dia una prueba nada equívoca de la veneracion y aprecio que hicieron siempre del Señor Cardenal Quevedo y Quintano en el piadoso empeño que hicieron á competencia para lograr el honor de conducir en sus hombros el respetable Cadáver, bien que se halló medio de sostener el estilo sin dejarlos por esto desairados.

Era cosa de las nueve y media cuando el pueblo vió sacar de Palacio, con todo el acompañamiento que queda insinuado, el Cadáver de su idolatrado Prelado, y su vista produjo en él tan fuerte sensacion, que prorrumpiendo en un clamoroso llanto hizo casi imperceptibles las voces de los músicos que venian cantando. Cada paso que se adelantaba ácia la Catedral, era acompañado de tan tristes ayes que abatian hasta el extremo al espíritu mas alentado. *Á Dios mi Padre para siempre*, decian unos: *á Dios nuestro santo Obispo*, decian otros: *¿á donde vais, respetable Prelado?* se oia decir á estos: *¿cómo ya no os hemos de ver mas, venerable Anciano?* decian aquellos. *¿Quién ha de cuidar de tantos Pobres, á quien alimentaba vuestra liberalidad con franca mano?* decian los miserables: *¿á quien nos dejais encargados?* hablaban los desamparados: *¿os perdimos para siempre, decian todos, por nuestros excesos y pecados!* Y hasta las cosas insensibles parecian dar muestras de que ya echaban menos á tan gran Prelado.

Habiendo llegado el Cadaver á la Catedral, y colocado en el elevado y magestuoso Túmulo entre los gritos y lamentos de un inmenso gentio, se dió principio al funeral, en que las lágrimas y el llanto hizo mas espresiva y significativa la música del famoso Pras, de que se usó en la Vigilia y en la Misa, que celebró de Pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Lugo, con todo lo demas perteneciente al Oficio. El Túmulo en que descansaba el Cadaver, con todo el alumbrado y adornos que en él se observaban, hacian un efecto muy alusivo al intento del que lo habia ideado. Constaba este de tres cuerpos muy proporcionados. Á los dos lados del inferior se abanzaban dos espaciosos tablados cubiertos de triste luto, en cada uno de los cuales alternaban tres señores Abades quemando olorosos aromas en otros tantos incensarios que tenian en sus manos; por manera que mientras la Vigilia y Misa siempre se mantuvieron seis de ellos en este egercicio, tres en cada tablado. En el segundo cuerpo, formaban sus cuatro entrepaños cuatro grandes targetones, en que se leían los emblemas siguientes:—En el que miraba ácia el Coro este, tomado de los Cantares: Electus è milibus. En el del lado derecho este, tomado de Jeremias: Quod egressum est de labiis meis rectum in conspectu tuo fuit. En el del lado izquierdo: Pepigi foedus cum oculis meis, ne unquam cogitarim de Virgine. Job. En el que miraba al Altar mayor, que estaba enlutado como en el Viernes Santo, este de los Provérbios: Memoria ejus cum laudibus. Sobre los cuatro ángulos de este segundo cuerpo se ele-

vaban otras tantas pirámides, con oportunos geroglíficos alusivos á las virtudes que le hicieron tan amable, sirviendo asimismo de vistoso adorno al tercer cuerpo, cuyos entrepaños formaban otros tantos targetones en proporcion con los del medio, y en ellos se leían los enblemas siguientes: en el inferior este, tomado del *Eclesiástico*: *Ambulavit iter rectum à juventute sua.* En el del lado derecho este dejó: *Ab infantia mecum crevit miseratio.* En el opuesto este del *Apóstol*: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis.* En el del lado del *Altar mayor* este del *Eclesiástico*: *Eleemosynas illius enarravit omnis Ecclesia Sanctorum.*

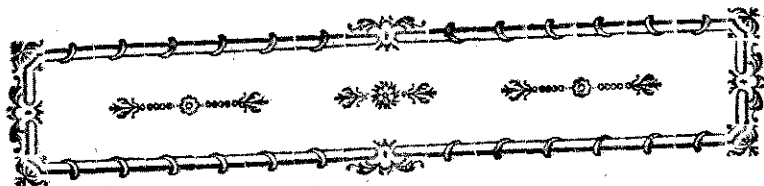
Concluido el Oficio, y llegado el caso de depositar su Cadaver en una caja de plomo para darle sepultura, no tuvo que hacer poco la tropa para contener al numeroso gentío que, ya que iba á perder de vista para siempre al que tanto habia idolatrado en vida, hacía los mayores esfuerzos por tocar y besar el Cadaver y hacerse con alguna prenda, no de valor sino de las que hubiesen servido al uso de *S. Emâ.*; y aun toda su vigilancia no fue suficiente para evitar el que no cogiesen algunas partes de su vestido, y aun una media vieja que pudieron haber á las manos la hicieron innumerables pedazos, teniéndose por muy dichoso el que pudo coger alguno de ellos.

Ya antes, en el salon de Palacio donde estuvo de cuerpo presente, no pudo evitar todo el cuidado de los que le guardaban que algunos le cortasen algunos cabellos y cogiesen algunas otras cosas, que aunque de valor despreciable,

en la estimacion de ellos, solo por tener la particularidad de haber sido del Difunto, eran inapreciables; y no hay duda, que á no haberse interpuesto la tropa al tiempo de enterrarle, no solo no hubiera llegado con un solo andrajo al sepulcro, pero ni aun entero su cuerpo. Á tanto como á todo esto pudo llegar la veneracion que el egemplarísimo Señor Obispo de Orense ha merecido á todos sus súbditos, sin excepcion de clases, estados y edades.

Ya me parece, mi amigo, que nada me resta que hacer para complacer á vm. y llenar sus deseos, si no del modo que quisiera, á lo menos del que me ha permitido la escasez del tiempo y mis pastorales tareas. Sin embargo, para que nada le quede á vm. que desear, ni tenga motivo alguno para culparme de omiso en un solo particular, satisfaré á su curiosidad en lo que forma el principal y único asunto de su posdata. Es el caso que, como vm. dice muy bien, ni á mí me tocaba el honor de predicar el Elogio fúnebre de S. Emà., ni estaba en el orden que yo le predicase, ni en este Ilmo. Cabildo, sobra otra cosa mas que sugetos hábiles y sabios para desempeñar con mas acierto que yo lo hice este encargo. Y efectivamente, estaba dispuesto para hacerlo entre otros el Sr. D. Antonio Vidal, Canónigo Magistral de esta santa Iglesia; pero su demasiada sensibilidad redujo su quebrantada salud á tal estado, que hubiera perdido la vida á violencia de una gravísima enfermedad, si no se hubiera descargado de este encargo. Y vea vm. por que caminos dispuso la Divina Providencia, para quien no hay casualidades ni acasos, que

á mi me cupiese este honor, que S. Emã. mismo adivinó un mes antes de morir, cuando habiéndole yo presentado un memorial para que se dignase conceder cien dias de Indulgencia á los que acompañasen al Señor cuando se lleva de Viático, no solo tuvo á bien acceder á mi súplica, sino que concedió otros cien dias mas á todos los Fieles que me oyesen predicar cualquiera Sermon, Doctrina ó Plática, diciéndome estas formales palabras: "Le concedo á vm. estas Indulgencias, por si acaso me predica vm. las Honras despues de muerto; ya que me las ha predicado en vida;" aludiendo al Sermon que tuve el honor de predicar en el dia en que los señores Párrocos de este Obispado hicieron en esta Iglesia su fiesta con motivo de su exaltacion al Cardenalato. Y es cosa que me da en que pensar el que justamente fuese el Sermon de sus Honras el primero en que se me ofreció hacer uso de esta concesion. Esto digo, que me da en que pensar; vm. pensará lo que mas le agrade de este su mas obligado y deseoso Servidor y Capellan. Q. B. S. M. Orense y Abril 19 de 1818.=Santos Majada.

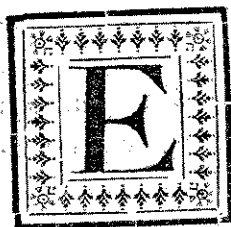


*Corpora ipsorum in pace sepulta sunt: et nomen eorum vivit in generationem et generationem.*

Sus cuerpos descansan en el sueño de la paz: y sus nombres se conservan inmortales en todos los tiempos.

Del Lib. del Ecles. cap. 44. V. 14.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:



este rebaño sin Pastor, sin lámpara este Santuario, esta Iglesia sin Prelado, sin Sacerdote este Templo, sin Padre los Pobres de Jesucristo, sin Amparo las Viudas, sin Defensor los Huérfanos, sin Socorro los Enfermos, un Clero cubierto de tristeza, una respetable Familia desconsolada, un Pueblo ilustre consternado esplicando su pena con lamentos, huérfanos todos de Padre; este aparato fúnebre, estas lúgubres voces, y el sonido de las campanas, que tristísimamente suenan en nuestros oídos, los sagrados Misterios que acaban de celebrarse, la Sangre del Cordero de propiciación que aun humea sobre ese Altar, V. S. Ilma. penetrado del mas vivo dolor; este numeroso concurso en fin, y el noble aspecto de un Pue-

blo que se halla congregado en este espacioso Templo, ¿no manifiesta todo desde luego la sensible muerte, la pérdida irreparable, ¿de quien?... ¡Ah! El dolor sofoca su nombre respetable entre los labios: pero es forzoso nombrarle, para honrar su memoria y excitar vuestra piedad á tomar interes en nuestro duelo: del Emó. Sr. D. Pedro de Quevedo y Quintano, Esposo de esta Iglesia, Padre de este Pueblo.

Señor, por vuestros semblantes (conozco) que estais conmovidos y agitados de sentimientos diversos al solo oir su nombre. ¿Y no será racional nuestro dolor? ¿No sellaría nuestro corazon el ignominioso cuño de la ingratitud y de la injusticia, si con sus cenizas sepultáramos su memoria? ¡Amarga y cruel memoria! que penetra vivamente la gratitud de mi corazon, y que me dispone mas á llorar con vosotros, que á elogiar sus cenizas, al ver ya sin accion aquel cuerpo, cuya presencia sola predicaba mudamente la mansedumbre evangélica: sin movimiento aquella cabeza, madre fecunda de la verdadera ciencia que edifica, que á fuerza de años y de trabajos habia perdido en parte su hermosura: sin luz aquellos ojos, que tantas lágrimas enjugaron y tantas vigiliassufrieron: muda aquella lengua, cuyas palabras inflamadas encendian en los oyentes el fuego de la Caridad, que ardia en su pecho: yertas aquellas manos, que con tanto honor empuñaron el Báculo, vistieron la Púrpura, y que estaban siempre abiertas al indigente y menesteroso: sin movimiento aquellos pies que caminaron

rectamente, y corrieron tras de la oveja descarriada: al ver, digo, esas imágenes de la muerte, las insignias Episcopales y Cardenalcias, y todos esos blandones y luces, que grupados brillan entre la obscuridad alrededor de ese Túmulo: al considerar: cuan súbitamente se eclipsaron los resplandores de un astro que tanto brilló sobre el candelero de la Iglesia: en quien Orense tenía fijos sus ojos, la España sus esperanzas, y la Religión una columna sobre que descansaba: al ver, en fin, convertidas en imágenes de dolor las que antes fueron de nuestras alegrías ¿que haré? ¡Dios mio! Lloraré con lágrimas inconsolables la desgracia de haber perdido, acaso por nuestras culpas, un Prelado que no habíamos merecido: haré, con mis lamentaciones, triste eco á las voces de esos sagrados Ministros, hasta hacer nadar en aguas destiladas de nuestros corazones el respetable Cadaver.

Todo esto haría, Señor, si la Religión en mi auxilio no me dijese: insensato ¿te dejas arrebatar de un dolor esteril, como aquellos que no tienen esperanza? (1) ¿Qué alucinamiento, que ceguera es esta? Miramos la muerte de los justos como una desgracia, y ellos gozan de la verdadera paz, de la verdadera vida. En el lenguaje sublime de la Religión, el día de la muerte de un justo es llamado el día de su nacimiento; la muerte es la vida, la muerte es la inmortalidad. Ella se ve con

(1) *Non contristemini sicut et ceteri qui spem non habent.* S. Pabl. ad Thesalon. c. 4. v. 13.

gusto desatar de aquellas prisiones que la impedían volver ácia su centro, que es Dios; y si puede despojarla de la túnica de Adán, es solo para que, destruida con ella la corrupcion que nace del pecado, se la restituya despues esta misma túnica inmortal, incorruptible y gloriosa.

No lloremos, pues, ya sobre este justo, sino sobre nosotros mismos: lloremos sobre esta Diócesi, que acaba de perderle: lloremos sobre los pecados que desolan la Nacion, y que ya no podrá reparar nuestro Obispo con sus apostólicas instrucciones.

¡O, si pudiera yo reunir de un lado las aclamaciones públicas, los tiernos vivas é hymnos de bendicion y de júbilo que acompañaron en su exaltacion á la Dignidad Cardenalicia, cuando en esta Iglesia subí al púlpito á anunciar en su presencia los gratos sentimientos de su Clero; y recoger del otro los suspiros que han seguido á aquella funesta hora en que fué arrebatado de entre nosotros! Este contraste sería sin duda el cuadro mas animado de su amabilidad y de nuestra gratitud: de las virtudes que lo hicieron tan apreciable y del vacío que ha causado su pérdida. Mas no es necesario que yo lo haga. Estas señales duran todavia entre vosotros: vuestras lágrimas no se han enjugado. El retrato de la inocencia de sus costumbres, del candor de su alma, de la nobleza de su espíritu y de la beneficencia de su corazón, será impreso tan vivamente en cada uno de los que me oyen, que no es posible esté borrado. ¡O, y

que inútil es el que yo le forme! Por mas penetrado que se halla mi corazon de sentimientos dulces ácia su memoria, la imagen que os presente no será sino una delineacion muy ruda, respecto de la viva pintura que teneis estampada en vuestra imaginacion. Si: yo lo conozco. Vosotros sabeis cuan á pesar mio he entrado en esta empresa. Porque ¿que podré decir en el corto espacio de cuatro dias, que pueda satisfacer de algun modo vuestros justos deseos y los míos? Mis palabras serán de necesidad desmayadas; mis reflexiones sobre algunos pasos de su vida egemplar, menos poderosas y poco correspondientes á la grandeza del Héroe que celebran, y al numeroso é ilustre concurso que espera con impaciencia oirlas de mi boca.

Cuando veo que un Ambrosio es el que forma el elogio fúnebre de un Valentiniano y un Teodosio: que el Nazianceno es quien pronuncia el de un Basilio y Atanasio; y el Niseno en Constantinopla el del gran Melecio, confieso que se me hielan las palabras. Ni es menos mi temor, cuando considero que he de hablar á un auditorio que, testigo en gran parte de cuanto yo pueda decirle, prevenido ya, y lleno de antemano de las grandes ideas que se presentan unidas, y como identificadas con el nombre del Obispo de Orense siempre que este se pronuncia, nada podrán encontrar en mi oracion que no sea muy inferior al concepto que tiene ya formado.

Pero ya que es preciso desempeñar en el modo po-

sible la obligacion que me impuso este Ilmo. Cabildo, y de que yo mismo, en medio de mi repugnancia, me he dejado cargar por un impulso de amor á S. Emâ.; permitidme que sin mendigar de la elocuencia, que acostumbra echar velos sobre defectos verdaderos, ó flores sobre virtudes por lo comun equívocas, os presente solo la imagen de sus virtudes, que yo tengo impresa en mi alma con caracteres indelebles. Porque á la verdad, aquellos pasages sublimes, aquellos colores vivos y enérgicos que los apologistas suelen tomar prestados de los escritores que los han precedido, no harán en esta ocasion mas que resfriar vuestro espíritu. Vosotros y yo tenemos los originales: ¿á qué sería echar mano de las copias? Nuestro corazon se halla inflamado: él será el orador mas elocuente: él habla por sí mismo: no es razon que yo tome un language que no sea el suyo.

Mas ya que me veo en la precision de renovar hoy mi inesplicable dolor, tengo la confianza de que serán sin duda vuestras lágrimas mas elocuentes que mis voces. No porque temerariamente presuma hacer os llorar en esta hora; siendo por el contrario mi ánimo alentar vuestro corazon y consolar vuestra pena con la esperanza de su feliz tránsito. Mas á pesar vuestro, yo veré correr por vuestras mejillas las lágrimas, como un illustre testimonio de vuestra gratitud, y como el mas justo tributo de vuestra felicidad.

¡Lamentable constitucion humana! ¡Fallo inevitable!  
¡Irrevocable senténcia! ¡Muerte terrible, que así destron-

cas los Cedros poderosos del Líbano! ¡ Muerte inexorable! tu nos robaste de un golpe el gozo, la alegría, la magnificencia, el decoro, la gloria, la subsistencia y la esperanza de Israel: tu nos privaste, digo, en un momento de un gran Sacerdote, que gloriosamente llenaba las obligaciones de Esposo de esta Iglesia, de Padre de este Pueblo, de Pastor de este Rebaño y de Apóstol de esta Diócesis. Tal es la imagen que yo tengo grabada, y que os voy á presentar del Cardenal de Quevedo; las que descubren el caracter y manifiestan el mérito de este Príncipe de la Iglesia, de este Varon justo, de este Tutor de los Huérfanos, de este hijo obediente del Altísimo, Siervo digno de su misericordia, según su divina promesa, y que deben en fin estimularnos al cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones.

*Thema ut supra.*

Solo el que escudriña con lámparas encendidas á Jerusalem puede dar irrefragable testimonio de nuestras justificaciones; y ya me guardaré yo de usurpar el juicio privativo del canal por donde se comunica la verdad, atribuyendo á nuestro respetable Cardenal, á quien honramos, virtudes en grado tan heróico que le quiera canonizar: no obstante, la Religion me permite descorrer el velo á los hechos edificantes que se apoyan sobre una fe humana, escrupulosa, prudente, verídica, y que es

parto de la Caridad, que permite decir, según el testimonio de San Pablo, quanto nos es motivo de edificación. Os propondré lo que hemos visto, oído y tocado con nuestras manos: no como quien alaba, sino como quien depone: no como quien hace un elogio, sino como quien lo presenta á juicio.

Mas no esperéis en mi oracion el orden y sucesion que observó en su vida; no aquella multitud de cosas que hicieron felices sus dias, porque las mas por su heroicidad y magnitud salen de su esfera, y las otras son tantas que no caben en los cortos períodos de este discurso.

Si la distincion del nacimiento no es una quimera, si algo tiene de verdadera es cuando los antepasados han sido virtuosos; pues la sucesion de las dignidades y títulos es nada, si se compara con la del mérito. Nuestro Cardenal adquirió al nacer esta noble herencia, de gloria y de virtud (1). Oriundo de una familia distinguida y de unos progenitores siempre útiles al Estado, le habian preparado un nombre ilustre. Mas no temo decirlo: un hombre como S. Emâ. honra mucho mas á su familia que lo que es honrado por ella.

(1) Nació nuestro Cardenal, para bien de la Iglesia, el dia 12 de Enero del año de 1736, en Villanueva del Fresno Obispado de Badajóz, de una familia tan distinguida y piadosa, que continuando sus estudios probó pertenecerle una obra pia, como pariente de Garcí-Perez de Vargas, el que ayudó á San Fernando á la conquista de Sevilla. Su Padre era muy religioso, prudente y noble, aun mucho mas en el exercicio y práctica de las virtudes, que en el antiguo y brillante lustre de su familia. Su Madre de un entendimiento capacísimo, y adora-

Al Sr. Quevedo, que desde su tierna edad descollaba por su ingenio, por su capacidad, sensibilidad exquisita y grandeza de alma, cúpole en suerte una alma buena; y la Providencia le destinó unos Padres religiosos, que con una educación esmerada le hicieron sobresalir en el ejercicio de las virtudes cristianas.

Pero olvidemos por ahora la esclarecida ascendencia de los Quevedos y Quintanos, como cosa impertinente para la calificación de un Obispo. También me creo dispensado de hablar de sus cualidades personales, de su talento claro y despejado, de su juicio recto y de la facilidad en producirse: dotes singulares que le hacían recomendable á la sociedad, amable á su familia y apreciable á su rebaño. Ni me detendré á elogiarle por la brillante carrera de sus estudios, por la penetración de sus luces, por lo vasto de sus conocimientos y por una seria y constante aplicación. Badajóz, Granada, Ávila, Zamora y Salamanca, son testigos de todas estas bellas cualidades, que le hacían famoso por su literatura, y mas famoso aun por su virtud. Porque en efecto, Señor, ¿de que hubieran servido estos dotes y luces á S. Emá., si no hubiese sabido referirlos á su centro, que es Dios,

nada de celo varonil por la honra de Dios y por el verdadero bien de sus hijos, y tan llena al mismo tiempo de misericordia, que habiendo salido un año escaso de cosecha á Xerez de los Caballeros, donde acostumbraba á pasar el verano, salieron agavillados los vecinos al camino para detenerla y suplicarla que no los abandonase. Digna madre, por cierto, de un hijo como nuestro Cardenal, que á su muerte tuvo la grandeza de alma de predicar su elogio, en las Honras que este Ilmo. Cabildo celebró en Santa María la Madre.

origen de todo bien? Cultivaba, es verdad, las letras y la filosofía; mas la filosofía verdadera, que enseña al hombre á sujetar sus pasiones y arreglar sus costumbres, la filosofía del alma.

El camino del justo no es al principio, según la bella expresión de los Proverbios, más que un rayo casi imperceptible de luz, que crece como por grados hasta que llega á ser un día perfecto, tan duradero é inmortal como la virtud que le produce, y que acompaña al hombre virtuoso hasta el fin de su vida.

En efecto, yo me persuado que nuestro Cardenal fué uno de aquellos sujetos en quienes Dios hace brillar aquel reflejo de su rostro, que es señal de sus complacencias, y que le tocó en suerte una de aquellas almas que separadas de los sarmientos secos se conserva verde, fresca y hermosa en el hacecillo de los vivientes: *Anima custodita in fasciculo viventium*. Dios le quería para sí, y le trasplantó á la Iglesia como un germen de bendición, para que brillase con mas esplendor dentro del Santuario. ¿Puede haber, decía, dignidad mas augusta en la tierra que la de un Sacerdote? Siempre miro el Sacerdocio como aquella Ciudad que apareció á S. Juan en uno de sus éxtasis: Ciudad santa, celestial, llena de luz divina, habitación de los escogidos, de los Ángeles, del mismo Dios; su Tabernáculo, su Templo. Expresiones de fuego que manifiestan el incendio de amor de Dios, que animaba su pecho cuando ejercía las funciones sagradas. Quien forma este elogio de su dignidad

¿dejaría de ser purísimo en sus obras? ¡O, Señor, si poniéndoos á la vista las virtudes cristianas que adornaban á nuestro Prelado, pudiese recrear vuestro espíritu en medio de la afliccion que le oprime! Penetremos hasta su retiro, y percibiremos desde luego la fragancia que ellas exhalan.

En primer lugar la pureza, la castidad. Esta virtud sublime, fomentada en el seno del cristianismo, y poco estimada de algunos: esta virtud, que es la mas bella cualidad de un Eclesiástico, parece era una de las singulares prerrogativas que honraban á nuestro Cardenal. Nadie podrá decirme que le vió jamás enredado en los lazos que estiende el Demonio en las llanuras de Samaria; pues para evitar toda sospecha y vivir con arreglo á la severidad de los Cánones, jamás tuvo muger en su casa por criada, ni de Obispo admitió á alguna á su presencia sin tener Sacerdotes delante (1). Aun hay mas: era tanto su pudor, que no se desnudaba ni mudaba ropa interior con luz en el cuarto. Pudor santo, ornamento de las costumbres, honor de los cuerpos, gloria de las almas: pudor augusto ¡que magestad imprimes sobre la frente de los amantes de la pureza!

Proporcionen enhorabuena á fuerza de bajezas el honor de elevarse aquellos á quienes devora esta pasion: prostituyan su dignidad para tener el derecho de deshonrar su caracter en un grande empleo. Estos vergon-

(1) Cuando el asunto era muy reservado, se sentaba el Capellan al frente en otra pieza, donde los pudiese ver sin oirlos.

zosos recursos no se hicieron para nuestro Cardenal. El favor, las solicitudes, la casualidad; todos estos resortes, de que la política y la ambicion saben aprovecharse tambien, ninguna parte han tenido en su elevacion. La sabiduría, la virtud y la integridad fueron sus solos protectores. ¿No sería acaso insultar á una alma tan generosa, ponderar como un mérito el haber despreciado los intereses? Sé, que el amor de las riquezas es la última y la mas vil de las pasiones; pero para oprobrio de la humanidad es una mancha que ha caido muchas veces en los hombres mas grandes. En todas las naciones hay ejemplos de ello, y cada siglo tiene de que avergonzarse. Nuestro Cardenal se hubiera reprehendido á sí mismo de tener; no digo otras recompensas (porque las riquezas no lo son sino para las almas bajas), sino otro fruto de sus trabajos que el de hacer bien. No puede contar las riquezas que ha juntado, ni los Palacios que ha construido, pero sí bienes mucho mas nobles y mas dignos de un Prelado: las grandes acciones que ha hecho, los infelices que ha salvado, las familias indigentes que ha sostenido; estas son sus riquezas.

Yo aseguro; que de todas las obligaciones anexas á su ministerio, la que mas le interesó y la que amó mas, fué el ser por obligacion el Padre de los Pobres, y el Protector de los desvalidos. No es mi ánimo divulgar aqui los secretos de su caridad; solo hablo de sus acciones públicas y que él no pudo ocultar. Del amor á los Pobres, que tantas veces le hizo desnudar para ves-

tir al desnudo con su misma ropa: de su misericordia, de su caridad, privándose de su propia comida para alimentar al hambriento que se lo pedía en nombre del Señor; y lo que aun es mas, repartir entre los Pobres el dinero que su Madre le librara para graduarse en Salamanca. Sacerdotes de Aaron, si es que conservais aun en vuestro pecho algun rastro de ambicion, os ruego en nombre de Dios, de quien sois Ministros, y os pido tambien por vuestro propio caracter, que la depongais en este momento, en este Templo, al pie de este Altar, delante del sepulcro de vuestro generoso Obispo, y la sacrifiqueis para siempre á vuestro Dios.

De este modo se ensayaba el Sr. Quevedo para ser un digno sucesor de los Apóstoles y sentarse entre los Principes de Israel. En efecto: como un mérito tan sobresaliente, no podía esconderse á la vista perspicaz del gran Carlos III, que sabía escoger con acierto los Pastores para las Iglesias de su Reyno, es nombrado y elegido el Sr. Quevedo, Magistral entonces de Salamanca, para el Obispado de Orense el 15 de Abril de 1776. ¡Que lance este tan crítico para un corazon humilde, y que por otra parte se halla penetrado de celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas! Su humildad le hacia mirar la Mitra y la Dignidad con espanto; pero su celo hacia que resonasen desde Orense en sus oidos aquellas voces que en otro tiempo escuchó San Pablo, antes de pasar á Macedonia: *Transiens ::: adjuva nos*. Ven, ven en nuestro socorro. ¿Que hará pues? Renunciará, pero en vano.

En la desconfianza en que se halla de poder satisfacer á tantos deberes y obligaciones, busca consejo, y oye á un sabio Religioso que le dice: Si los virtuosos y sabios se alejasen de las Dignidades ; cual sería la suerte de los míseros mortales! Sin duda vendrían á ser presa del primer ambicioso que se apoderase del Patrimonio de los Pobres. Y conociendo que es llamado de Dios, obedece con un corazón humilde, aceptando por último el Obispado. ¡Cual fué entonces, ay de mi, el consuelo y esperanza de esta Diócesi! No sé si alguno de vosotros os hallaríais presentes, cuando por la primera vez se dejó ver en esta ciudad. ¿Que anuncio, qué pronóstico formásteis del Pastor que os había dado el Cielo? ¿No os pareció ver renacer en el Sr. Quevedo el fuego y valentía de los Apóstoles? ¿No os pareció que su lengua y sus palabras traían la sanidad para vosotros, segun la expresion de los Proverbios: *Lingua autem sapientium sanitas est?* ¿No le habeis visto desde entonces comenzar derramando rios de beneficencia, de bondad y liberalidad sobre vuestros Pobres, sobre vuestros necesitados y enfermos? ¿Pondero yo, Señor? Nada menos. ¡Que no me fuera dado formar uno como mapa que presentase en breve los prodigios de su caridad! Aquellas inclinaciones benéficas que moderaban el rigor de su austero ministerio: aquel caracter de candor y sinceridad que la naturaleza grabó en su frente como una viva imagen de la de su alma: aquella paciencia con que alentaba á los débiles, consolaba á los desgraciados, aplicándoles el saludable bálsamo del consuelo, y que le hacian agradable

hasta en sus repulsas: finalmente, aquella humildad tan pura y sincera, sostenida siempre igualmente en una dilatada serie de dignidades, y que habiéndole acompañado desde su mas tierna juventud hasta el sepulcro, le ha hecho respetar como virtuoso, aun mucho mas que como Obispo y Cardenal de la Iglesia Romana.

Ni fué menor el desvelo que manifestó siempre con su Iglesia en calidad de Padre: dulce nombre, Señor, que hará por muchos dias asomar tiernas lágrimas á nuestros ojos. ¿Que solicitud igual á la de un Prelado que continuamente meditaba sobre la enseñanza y sustento de sus hijos? Tuvo toda la ternura de un Padre compasivo para sostener á sus expensas cerca de trescientos Sacerdotes católicos, que de la Francia habian emigrado á nuestras Provincias huyendo la persecucion (1). Para formar un Seminario Conciliar de jóvenes capaces, que habiendo precedido á su entrada desde los primeros años una buena educacion, fuesen á propósito para desempeñar los ministerios de la Iglesia (2).

## 5

(1) El corazon de S. Emã. se vió conmovido al ver que el Clero católico de Francia emigraba, huyendo del furor de la República. Y penetrado de su triste situacion, avisa en los puertos que estaba dispuesto á recibir cuantos viniesen; y en efecto se presentaron tantos, que formaban tres grandes comunidades de cerca de cien Eclesiásticos cada una, en el Palacio Episcopal de esta ciudad, en el de Sta. Marina de Aguas Santas y en la Casa de la Compañia. Tuvo consigo al Obispo de Blois, y socorria á los de Aire y La-Rochela, que estaban fuera de la Diócesis. Ahora solo han quedado cinco, que estaban en su Palacio y á sus expensas.

(2) Es obra de su celo el Seminario Conciliar de S. Fernando, que estableció en 1803 venciendo muchas dificultades. Eran grandes los pensamientos de S. Emã. sobre este establecimiento, cuya reedificacion iba á empezarse dos dias despues de su muerte, estando ya acopiados los materiales precisos.

Para establecer Casas de Misericordia y de Niños expósitos (1). Para arreglar y sostener esos Hospitales, asilo de tantas miserias. Los que gimen en obscuras prisiones hallan una acogida benéfica; proporcionándoles con su socorro, ó con su protección y visitas mensuales, el fin, ó el consuelo de sus males (2). Ocorre una desgracia universal en el Reyno, porque el rigor del invierno unido con las desgracias de la guerra han destruido sin recurso la cosecha; y el Sr. Cardenal, igualmente sensible á las miserias públicas que á las particulares, se agita y se penetra de dolor, prestándose á los remedios y conservando la vida á tantas personas destinadas á perecer de hambre y de necesidad (3). Su corazón estaba en manos de todos. ¿Su corazón dije? Me engaño: desde que fué Obispo, y aun antes, ya no tenía corazón: se le huía, se trasladaba al pecho del indigente y menesteroso.

Lejos de mí, Señor; toda adulación, que tan distante

(1) Es tambien obra de su caridad la fundacion de la Cuna para recoger los Niños expósitos; los que en creciendo, ó se quedan con ellos las amas, como suele suceder con los varones, ó vuelven á la Casa, Y las niñas pasan al Colegio de las Mercedes, fundacion tambien de S. Emá., y que le costaba cerca de quatro mil duros al año.

(2) Al principio visitaba los primeros dias del mes ambas Cárceles, eclesiástica y la pública de la ciudad; pero dejó de hacerlo con esta, por no verse comprometida su caridad á la vista de tantos presos que le pedian recomendaciones; contentándose ultimamente con darles de comer á su cuenta.

(3) Se recuerda aqui los efectos de su Caridad, que en el año de 1812 fué tan grande, que por medio año estuvo suministrando 800 raciones diarias á los Pobres, que acosados de la hambre venian de Castilla y Portugal á esta ciudad, donde encontraban el sustento que les faltaba en sus provincias.

debe estar de esta Cátedra: hablo á presencia de un Pueblo que ha experimentado por sí mismo las entrañas de este Padre benéfico, no solo en el socorro temporal de sus hijos, sino principalmente en el espiritual de las almas. Animado de caridad, amaba y socorria á Jesucristo en los Pobres, conforme á la expresion de S. Cipriano. Su paternal amor no hallaba voces con que negarse á su consuelo. El socorro del huérfano, de la viuda, del niño expósito, del enfermo, del indigente, del encarcelado, era un libro abierto donde meditaba los dias y las noches. Caridad santa, hija del Cielo, ven en mi auxilio, préstame tu idioma: porque ¿quién podrá decir las gruesas cantidades que diariamente consumía en la Casa de expósitos, en las niñas huérfanas de las Mercedes, en personas de calidad vergonzantes, á quienes asistia diariamente, en la comida de la Cárcel, en la curacion de enfermos, á quienes asistía unas veces con médico y alimento, y siempre con botica? Así vimos socorrer á expensas suyas necesidades infinitas. ¿Cuanto no se gastaba en las limosnas que se daban en la calle y al entrar S. Emâ. en Palacio? ¿Cuanto en los dos dias de la semana destinados para concurso general de pobres? Viniendo á ser por este medio, cual otro Job, el pie del tullido, el ojo del ciego, el socorro universal del Pueblo; ó como el Ángel del Señor, que descendía anualmente á mover las aguas de la Piscina para alivio de los enfermos. Todo para todos, y cual José en Egipto, acreditando en su aumento que el Señor le llenaba de bendiciones. ¿Que joven le pidió pan y le suministró un escorpion?

¿Quién le pidió vestido y le embió á fomentar su desnudez al calor del fuego?

No aguarda á que el lamento de la viuda y del pupilo vengan á turbar su reposo para implorar el auxilio de su caridad. Su corazón siente la voz sorda de la miseria, antes que sus oídos oigan sus quejas; y nunca se contempla mas feliz que cuando puede gozar de la dulce satisfacción de haber ejercido la caridad, aun en aquellos que no estaban en situación de pedirselá. No hago aplicación alguna, vosotros la hareis sin que yo contribuya á ello (1). Asi es, que nunca le veíamos con mayor complacencia que cuando acababa de hacer alguna limosna ó beneficio, y estos eran tan frecuentes, que jamás tuvo la pesadumbre que Tito, de que pasase día sin hacerlas. No parece ¡ay de mí! sino que á cada paso se abre ese sepulcro y se renuevan estos funerales, al ver por esas calles y plazas tantos cadáveres ambulantes, tantos desvalidos, que nos dicen mudamente que les faltó su Padre y Bienhechor.

Mas esto es nada, Señor: su paternal amor se descubre en el socorro de las necesidades del espíritu, objeto de la limosna, tanto mas digno quanto lo es respecto de la carne. Entendamos bien esta máxima de la Religión y de la sana moral. Desde el Monarca hasta el infimo vasallo, deben todos mirar, primero que por el alivio corporal por el

(1). Empleó en limosnas seiscientos mil reales; cuatrocientos mil que le tocaron de su patrimonio, y doscientos mil que le prestaron sus hermanos, los que nunca pudieron cobrarle nada; contesiéndoles siempre que en sus empleos no tenían las necesidades y obligaciones que él veía en su Obispado.

socorro espiritual de sus hermanos en Jesucristo; y sus limosnas deben destinarse, antes que á cubrir la desnudéz del cuerpo, al adorno del alma, que es imagen de Dios. Con arreglo á este orden de limosna, en que somos todos incluidos, celaba mucho nuestro Cardenal, como Padre, la administracion del alimento espiritual de sus hijos. Repartía por sí mismo el pan de la doctrina evangélica, no queriendo predicarse á sí mismo, sino á Jesucristo Crucificado, según la sentencia del Apóstol: predicaba, exhortaba y arguía oportuna é importunamente todos los dias festivos, en el tiempo de Cuaresma, en el Adviento, Rogaciones, Témporas y demas festividades de esta Iglesia: en las Confirmaciones y en las Órdenes, en la Iglesia y en el Oratorio, conforme al precepto del mismo Pablo, declamando contra los vicios y apego de las cosas terrenas: *¿Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* He aquí, Señor, el Lema que yo colocaría sobre su sepulcro, para recordar la memoria del Prelado que le tenía siempre entre sus labios. Esto mismo intimaba estrechamente á los Abades de las Iglesias á quienes tenia cometido el pasto de su rebaño, obligándolos á predicar al Pueblo todos los días de fiesta, conforme á lo determinado en el Concilio de Trento, para obviar que perecieran las almas que Jesucristo le habia encomendado, y redimido con su Sangre, por falta de su alimento. ¿Cuanto padecía su espíritu al ver en los Parrocos alguna omisión en un punto tan necesario? Por el contrario, amaba de un modo muy particular á todos aquéllos

que por su virtud, celo de las almas y literatura podían contribuir á la salud espiritual de los fieles, predicando, doctrinando y confesando. Á este fin solicita se establezcan escuelas en los pueblos de su Diócesi, donde los párvulos puedan con facilidad beber la leche del Cristianismo, que impreso altamente en sus almas, dé preciosos frutos en la niñez y juventud, y virtudes sólidas en la edad madura. Con este respecto fundó en San Pedro de Torey, lugar de su destierro, una Escuela, que aun se conserva con su nombre. Mas ¡ay, que mi alma siente una mocion extraordinaria!..... Permitidme que cierre el voluminoso libro de sus beneficios.

Dios derramó sobre su cabeza la uncion santa, para honor de la Tribu de Leví; y él llenó los Ministerios que son propios de los ungidos del Señor: se purificó cuotidianamente en el Sacramento de la Penitencia; ofreció la oblacion del Sacrificio diciendo Misa los mas de los dias mientras pudo, oyendo ademas otra, que le decía el Capellan, y aplicaba siempre por el Pueblo que le estaba encomendado. De este modo procuró por la salud de su rebaño, y miró por el decoro de la Casa de Dios. ¿Ofreció, acaso, un fuego profano en el mismo Altar en donde arde un sagrado fuego? Tiembla al meditar, que con una alma impura puede poner sobre las Aras el Pan de los fuertes y el Vino que engendra vírgenes. Al destello de esta luz ¿con que honor no poseyó el vaso de su cuerpo, por hablar con el Apóstol? ¿Que fe tan viva, que confesion tan dolorosa la que precede al Sacrificio! Sin duda fueron sus Sacrificios

abrasados con fuego celestial como los de Aaron: *Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie.* ¿Todos los días?.. ¿Vaticinó el autor del Eclesiástico los Sacrificios de nuestro Obispo, ó mi desgracia me puso en la lengua estas palabras para darnos la mas alta lección y enseñanza? Si Señor: todos los días, ó los mas de ellos, ofrecía el Sacrificio in-cruento, y con las manos teñidas en la Sangre de la Victi-ma, levantaba su corazon puro para pagar á Dios el tri-buto de los Divinos Oficios. ¡Pero con que devocion y cons-tancia! Ademas de santificar exactamente las fiestas y ob-servar los ayunos de la Iglesia, sin permitir en su Palacio el uso de las carnes (aun siendo octogenario), ayunaba to-dos los Viernes, en memoria de la Pasión del Señor, y acaso su Magestad premió este acto de penitencia con lle-varle en Viernes, dia en que murió, y el mismo en que tambien murió Jesucristo (1).

El temor santo de que estaba penetrado su corazón no era servil, ni declinaba á pusilánimidad ó timidez (como quieren decir algunas lenguas mal complexionadas): era dirigido por la Fe, le fortificaba la Esperanza y purificaba la Caridad y amor de Dios, de cuya mano omnipotente esperaba el acierto. Pero como era un temor á quien acom-pañaba un conocimiento profundo de sí mismo, le hacia velar y detener, desconfiando el acierto. Precaucion justa, prudencia santísima, temor debido y racional. Por esta ra-

(1) Era ilimito en la observancia de la santificación de las Fiestas, celebrando Misa y oyendo otra en las que eran de precepto, y en ellas se privaba de escribir, salir á paseo fuera de Palacio, ni permitir á sus criados viajar aun con grave motivo.

zon sentía tanto el peso de tener que provistar las Prebendas y demas piezas eclesiásticas. Para darlas con acierto, se preparaba con la Misa del Espíritu Santo, que decía nueve dias antes de presentarlas; y nunca se veía mas contento que cuando se aliviaba de este peso, altamente persuadido nuestro Cardenal de la sentencia del Espíritu Santo, conviene á saber: que cual fuere el Sacerdote será el Pueblo; como experimentamos en los que gobernaron de una parte los Eunomios, Arrios, Pelagios y Nestorios, y de otra los Naziancenos, Atanasios, Ambrosios y Crisóstomos.

Para patentizar los sentimientos de su corazon, se sirvió en la direccion de su Grey de un amor suave y benigno, sin envilecer su autoridad, haciéndose sensible á las miserias ajenas. Yo, Señor, yo mismo le he visto gemir algunas veces bajo el peso de las leyes de la justicia, cuando estaba en la precision de egercerla. Este es uno de los motivos de nuestra ternura. No hemos perdido un Prelado, sino un Padre tierno, un Protector benéfico, sufrido, indulgente y caracterizado con el sello de la verdad, de la misericordia, de la compasion. Lo hemos perdido, es verdad; pero no os aflijais, decía San Gerónimo á Nepociano formando el elogio de su santa Madre: por el contrario, celebrad hoy mas que nunca el haberle tenido, el haberle tratado: *Nec doleas quod talem amisseris, sed gaudeas quod talem habueris*. Cualquiera, fuera de nosotros, que estime las cosas por su mérito, embidiará nuestra suerte, y dirá con un sabio: *Talis cum sit utinam noster esset*. Plugiese al Cielo que nosotros le hubiésemos merecido.

Su amor fué un fuego activo, cuyas chispas no pudieron apagar las pasiones que arrebatan miserablemente á los que mandan, segun la observacion de San Agustin. La superioridad y la ciencia, dice este Padre del siglo IV, son dos escollos donde se estrella el verdadero amor; porque la ciencia hincha el corazon, y la superioridad entona el espíritu. Nuestro Emô. Cardenal fué Prelado quanto pudo serlo, y sus luces no se vieron desmayadas. Si es verdad lo primero, no es menos cierto lo segundo. Los Pontifices y Monarcas le distinguieron con todos los honores. No obstante, ni se dejó deslumbrar de tantos resplandores, ni se vió abierta en su corazon la herida mas peligrosa del hombre: su amor era como debía ser, amor de humildad. Representaba á aquel personage que describe Tertuliano: *Ab omni gloria, et dignitatis ardore refrigescens*. Á nadie tiene en menos, á todos escucha, aunque sea un ignorante, un aturdido: no manda con imperio, ni habla con voz de trueno que despide rayos: trata á todos como si fuera uno de ellos, y segun el consejo del Espiritu Santo; y si acaso sus expresiones incomodaron á alguno, trata al punto de suavizarlas porque no vaya desconsolado.

Pero no puedo pasar en silencio su humildad, que se traslucía por la sordidéz del vestido, por el pequeño ajuar de su cuarto y pobreza de muebles en el Palacio, adornado solo con las pinturas animadas de los Pobres de Jesucristo, que entraban y salian como en su casa propia; ¿Y para que quiero mas, decía con su genial language, para que quiero mas? Expresion breve, pero digna del es-

piritu del Apóstol, que protesta no querer tener mas que lo muy preciso: *Præter victum, et vestitum his contenti sumus*. Nuestro Cardenal era humilde, porque jamás hacía ostentacion, ni de sus prendas, ni de sus hechos, ni de las estimaciones que otros le habian tributado. Había bebido desde su infancia el dulce nectar de estos sabrosos principios de Religion, y conservaba altamente en su ánimo generoso tan sabrosos elementos, que le conducían á la humildad: no á una humildad natural como la que habreis observado en hombres de poco espíritu, y que es hija del propio temperamento; sino á una humildad generosa, claro efecto de la institucion cristiana, y peculiar produccion de la gracia del Salvador del mundo; pues al paso que conservaba en su corazon esta preciosa virtud, tan necesaria al hombre Cristiano, supo hacer siempre compatible y hermanar con ella aquella elevacion y generosidad de espíritu que, llegando á manifestarse entre los delineamientos de su noble y generoso aspecto, corresponde á lo augusto de su dignidad Episcopal. Asi supo ser humilde por conocimiento claro, y asi supo ser moderado á determinaciones de su eleccion libre; de modo que jamás Prelado alguno tuvo mas noble respeto, ni miró con mas cristiana sumision la Cabeza visible de la Iglesia, Vicario de Jesucristo.

Á esta cadena de virtudes admirables añadid su veracidad. Amante de la verdad, enemigo de bajeza y adulacion, mil veces disipó la nube de corrompidos inciensos que al altar de su superioridad ofrecen los pretendientes

indignos. Corrió mas de una vez con maño severa el velo artificioso con que se cubren algunos para facilitar sus ascensos. Confieso, Señor, que la posesion de esta virtud no debería hacer el elogio de nuestro Cardenal: el ser veráz debería ser una cualidad inseparable de toda persona distinguida. ¿Mas qué digo yo de toda persona distinguida? La embustería es una cualidad tan fea y tan vergonzosa, que ni aun hallarse debiera entre aquella escoria del vulgo que, destituida de educación y llena de corrupcion en sus costumbres, no tiene por vileza aun las acciones mas infames. Pero ¡ó desgracia del siglo! Este vicio feo ha ganado hasta las mas altas clases. ¡Religion santa, que has hecho conocer á los mortales todo el precio de la verdad, cuanto se afea tu esplendor, si los que te seguimos no excedemos en buena fe al resto del universo! El Obispo de Orense no mentía; la rectitud de su entendimiento y la solidéz de su juicio le ponian muy distante de aquellas conversaciones frívolas tan ajenas de nuestro caracter: su language era el de la verdad. Sabía ocultar sus sentimientos cuando lo dictaba la prudencia, pero nunca expresar otra cosa que lo que sentía su corazon; y jamás habló ni permitió que se hablase mal de nadie; siendo en esto tan ingenioso, que cortaba las conversaciones cuando conocía que podían herir á alguna persona; pues el honor y la fama eran para él un sagrado inviolable.

La bondad no era puramente una de las virtudes de nuestro Cardenal, sino que era propio caracter, y parecía

su propio ser. Nació con él, como dice Job, y salió con él del seno de su madre. Y así, todas sus determinaciones fueron de clemencia y de afabilidad: *Lex clementiæ in lingua ejus*. No se le notó aquel engreimiento que acompaña á los de poco mérito.

Igualmente se sirvió de la buena intencion, como apoyo de su gobierno: *Dilectio sine simulatione*. Pudo no acertar en algunas determinaciones: ¿Y quién de los mortales no yerra? Pero que errase por falta de buena intencion, solo podrá pensarlo la calumnia impostora. Pudo errar de entendimiento: aun el astro del dia padece sus eclipses; pero me atrevo á decir, que no erró de voluntad. Su ojo fué sincero, y en seguida el cuerpo de sus operaciones fué luminoso, segun la palabra del Evangelio. Nuestro Cardenal halló dentro de sí la apologia de su proceder, porque solo pensaba en establecer la disciplina canónica arreglándose escrupulosamente al Concilio de Trento, y á ser el genio pacífico y tutelar de su querida Diócesi.

Vosotros, que habeis sido testigos de sus acciones, si yo en esta ocasion dijere algo que no sea conforme á los hechos, quiero me desmintais. No permita Dios que en este lugar santo, lugar de la verdad y de la justicia, y al hablar de un Varon en cuyo caracter entraba de un modo particular la sinceridad, me atreba á desfigurarla ó alterarla de alguna manera.

Apenas se desposó con esta Iglesia, á cuyo casto tálamo había sido llamado por Dios, como Aaron, cuando empezó á colmarla de beneficios. Mas en esta parte, Ilmo.

Sr., ¿que podré yo deciros que no podais enseñarme por vuestra propia experiencia? ¿Quién vió jamás un Esposo mas tiernamente enamorado de su Iglesia? El Templo, Señor, hacia sus delicias, á imitacion de Nehemias: le frecuentaba en sus festividades, presidiendo en ese Coro, asistía á sus Procesiones y Rogativas, ordenaba todas las Témporas, precediendo á la imposicion de las manos escrupulosos informes: administraba el Sacramento de la Confirmacion en ayunas, aunque acabase de noche: celebraba todos los Pontificales, consagraba los Óleos, hacia la ceremonia de lavar los pies y predicaba el Jueves Santo. ¿Que mas hacia? ó por mejor decir ¿que mas debió hacer que no hiciese?

Su especial devocion al Santísimo Sacramento lo acredita su puntual asistencia á las Procesiones y octavas del Corpus en esta Catedral, á la pública administracion de enfermos en Santa Eufemia, á las Minervas, cuarenta Horas y administraciones de Viático (1). ¡Pero con que edificacion y respeto! Era tal, Señor, que cuando predicaba en presencia de Dios Sacramentado no apartaba su vista de tan inefable Sacramento, por temer causaría irreverencia volviéndose ácia otra parte.

Entrad hondamente en su corazon y vereis una especie

(1) En las exposiciones del Santísimo Sacramento, cuidaba mucho del aparato del Altar y observancia de las ceremonias, mandando velasen al Señor dos Sacerdotes. Y cuando salía el Viático á los enfermos enviaba á sus familiares con velas. Si alguno pronunciaba este Santísimo Nombre hacia S. Emá. una genufleccion profunda, y no gustaba le nombrasen sin esta debida reverencia.

de Santuario, á donde se retira y esconde para contemplar los misterios de nuestra augusta creencia. ¡O días y noches; testigos de prolijas oraciones, que tenían clavado de rodillas un cuerpo débil, enfermo y sin fuerzas! Ellas son el antemural que no permite entrar al alma la bestia feróz del pecado mortal, ni las pequeñas raposas de las leves inobservancias, que la humana inconsideracion con facilidad comete á cada momento. ¿Cuántas veces, sobrepóniéndose á sí mismo, dirige sus miradas hasta el Trono del Altísimo, para contemplar allí sus obligaciones, y para formar sus costumbres sobre este gran modelo? Allí recoge el maná celestial, y abre la boca para atraer á sí al Espíritu Santo. ¡Ojalá le fuera permitido permanecer en aquella morada luminosa y entregarse á la dulzura de su contemplacion! Pero la voz de sus ovejas le llama sobre la tierra, y es preciso apacentarlas con las luces de su sabiduría.

Siempre será memorable el ejemplo que dió cuando salía á visitar su Obispado, al verle caminar á pie con un palito en la mano, y hospedarse algunas veces en casa de un pobre Labrador, por rehusar los obsequios gravosos que le prestaría el Párroco en perjuicio del Patrimonio de los Pobres (1). Parece que para cada cosa tenia una alma distinta, ó para usar de la valiente metáfora de Job, que su carne era de bronce y su fortaleza la de las piedras.

(1) Otras veces se quedaba en casa de los Curas por no encontrar en los pueblos comodidad para colocar su familia; y entonces daba de limosna á pobres del lugar el dinero que presunía haber gastado en casa del Abad.

¿Quién vió un Padre mas amante de sus hijos? ¿Quién vió un Pastor mas vigilante sobre su rebaño? Le avisan que un moribundo rehusa confesarse; allá va nuestro Cardenal aceleradamente: anda á pie mas de dos leguas, entra en su casa, habla al enfermo, le predica, insta, prosigue fervoroso y::: le convierte. (1). ¿Qué es esto, Señor? ¿Qué ha de ser? Un Padre inflamado de celo por la salud de las almas.

¿Cuanto no se fatigó por reconciliar las enemistades y discordias de sus diocesanos, por unir con el vínculo del amor y de la paz á los que Cristo y la Iglesia habian juntado en lazo indisoluble, evitando por este medio infinidad de crímenes, á que impele poderosamente la naturaleza corrompida? Pero ¿á qué referir hechos particulares, si sobran los testimonios públicos?

Su apostólica solicitud, á imitacion de San Pablo, en el despacho, en audiencias reservadas y públicas, sin distincion de personas, ni de horas, ni de tiempos, es el testimonio mas auténtico é irrefragable de su santo celo. Él se dejaba ver sin distincion de cuantos le buscaban, pudiéndose afirmar con verdad lo que del Santo Job nos dice un Padre de la Iglesia: *Janua ipsius unicuique patebat*. En este austero ministerio, que acreditán correos de consideracion, consultas de todas partes, comisiones del

(1) Saliendo un dia de paseo, preguntó la Doctrina Cristiana á un aldeano que pasaba por el camino; y advirtiéndole que ignoraba algunas cosas esenciales, le instruye allí mismo, y despues le trajo á Palacio y manda á sus familiares que no le dejasen salir mientras no se le instrua. Y ni aun así descansaba su celo hasta escribir á su Párroco para que celase en adelante sobre su instruccion.

Ministerio, memoriales, dependencias y tantos escritos de todo género de asuntos, y á que se prestaba siempre gustoso, ocupaba mucha parte del día y algunas horas de la noche; sin fiar á los subalternos mas que lo preciso. ¿Quién vió jamás Secretaría ni visitas mas desinteresadas que las suyas? Pues desde que rigió el Obispado prohibió en su Palacio toda gratificacion y regalós: mandó se librasen gratis etiam quoad scripturam todos los asuntos de su Secretaría, señalando sueldo fijo á los oficiales de Cámara y demas de su casa. Su rectitud le hacía tener tan equilibrado el peso de la justicia, que invencible á todo humano respeto, no eran capaces de torcer su integridad los empeños de proteccion y recomendaciones políticas, que nunca admitió de ninguno. Lejos de eso, los que alguna vez se valieron de estos resortes fueron desgraciados en sus pretensiones; práctica la mas conforme, sin duda, á la pureza apostólica y disposiciones del Tridentino, para apartar de sí todo aquello que pudiera manchar las manos y asomar al vicio mas detestable en la Iglesia. Pero ya os contemplo aguardando la relacion de sus desgracias, y de la constancia noble que manifestó en ellas.

Los empinados montes estan expuestos á los rayos, y los hombres grandes lo estan á las desgracias. Nuestro Cardenal, se aventuró él solo á contradecir humildemente la autoridad de las Cortes, para no comprometerlas en una empresa que ofendería los derechos del Trono. ¡Con que vigor ha mantenido siempre la soberanía del

Rey contra las empresas de la usurpacion! Firmeza tanto mas digna de admiracion, quanto le exponia á todos los peligros; de modo que, combatido entre encontrados afectos, habia tomado el partido de ser, si fuese necesario, la víctima, mas bien que el destructor de la España. ¡O amada Patria mia! Te pondrás una señal de ignominia, si escribes en el polvo lo que debes al Obispo de Orense.

La ilusion con que deslumbradas las Cortes juzgaron de sus hechos y reconocieron sus escritos, les ciega y::: Pero el Sr. Cardenal está tranquilo sobre cualquier acontecimiento, por funesto que pueda ser, pues conoce su obligacion y no consulta otra cosa. Ve sin espanto formarse la tempestad sobre su cabeza, disparar el rayo sancionando la proscripcion, la ocupacion de sus temporalidades, y lo que aun es mas, declararle indigno del nombre Español (1). ¡Indigno del nombre Español! ¿quién? ¿El Obispo de Orense? ¡Justo Dios!

Orense, Galicia, la España toda se asombra, y él solo permanece inmóvil. El golpe fatal le hiere sin asombrarle: recibe la orden de su destierro con semblante sereno, desprecia los tiros de la maledicencia, y marcha para Torey

## 7

(1) Son bien sabidos los atentados de las Cortes; y quanto sufrió por ellas nuestro Obispo. Por lo mismo el orador se contenta con apuntarlas, remitiéndose en lo demas al Manifiesto que ha corrido de orden de S. Emã. Sin embargo, nunca estuvo mas contento que en Torey, y si alguna cosa sintió vivamente en medio de su destierro, fué solo el haberle declarado indigno del nombre Español. El grande amor que tenía á la Nacion, al Rey y su familia se conocia en todo, y en especial quando predicaba y concedia Indulgencias, que siempre era con la condicion de pedir á Dios por ellos.

cubierto con su virtud. Allí levanta sus manos inocentes, y pide al Cielo que no permita que su Patria experimente desgracias. ¡Que gloria es, en efecto, ver la virtud consagrada con la sublevacion de la embidia, y como sellada con la depravacion! ¡Que incienso puede jamás igualar á la dulzura de los vituperios que recibe! Vituperios preciosos, injurias honrosas. ¡Ojalá podamos no temerlas! ¡Ojalá aun podamos deseñarlas, y no contemplarnos jamás dichosos sino cuando háyamos tenido bastante valor para sufrirlas!

Pero la tempestad se disipó por sí misma, y su virtud mereció bien pronto toda la confianza de un Príncipe nacido para la felicidad de la España. Ved aquí el mas magnífico espectáculo que la tierra pudiera dar al Cielo: el Obispo de Orense triunfando victoriosamente de sus enemigos. Porque estos contratiempos solo han servido de realzar su virtud é inmortalizar su memoria. Cuando la virtud sale victoriosa de semejantes combates, no tiene necesidad de otras pruebas, y solo le restan coronas; mas las merecidas á tantos trabajos no se le retardaron por mucho tiempo. El Monarca le ciñe la gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Cárlos III, como vínculo que le estrecha á la devocion de la Virgen, principal objeto de esta Orden; pero conociendo que este distintivo era muy corto premio y poco correspondiente á sus relevantes méritos y virtudes, implora de su Santidad la investidura del Capelo (1), añadiendo de este modo un nuevo lustre

(1) Esta misma súplica habia hecho en su tiempo el Sr. Cárlos

á la gloria del Obispo de Orense, célebre, ya no menos por su piedad que por el apostólico celo con que se opuso al torrente de la impiedad, sosteniendo al mismo tiempo en medio de tempestad tan deshecha los derechos del Trono y las regalías de su legítimo Soberano durante su largo cautiverio. Si no le distinguió con cargos mas honrosos, fué porque no pudo, ni tuvo mas con que honrarle (1).

Mas no es el número de sus años, ni las arrugas que la edad graba en su rostro las que le grangearon la estimacion del Sumo Romano Pontífice, la de nuestros Soberanos y de todos los hombres de bien: el recuerdo de sus apostólicas tareas, la imagen siempre reciente de sus grandes servicios á la Iglesia y al Estado, y la idea de aquella dignidad siempre sostenida con invariable constancia, le rodean siempre y le conciliaron el honor de la Púrpura, que es el último don, y como el supremo favor de la virtud.

Si llega á las mayores dignidades, si adquiere el aprecio de los Monarcas Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, IV; pero el trastorno general de la Europa impidió á su Santidad hacer la creacion.

(1) Ello es asi: porque Carlos III le compensó con la Mitra de Orense: Carlos IV con el Arzobispado de Sevilla, que renunció en 1783: la Junta Central con la plaza de Inquisidor general, que tambien renunció. Ha merecido la confianza general del público, por haberle elegido Presidente de la Regencia general del Reyno; y la particular de Fernando VII que le nombró en otra vacante para el Arzobispado de Sevilla, que volvió á renunciar en 1814, distinguiendole despues con la gran Cruz de Carlos III; y ultimamente en 1816 le creó S. S. Presbítero Cardenal de la Iglesia Romana, á instancias de nuestro Soberano. Cuyas elecciones han sido tan bien recibidas del público, que puede decirse, que sus autores han adquirido mas gloria que el mismo que los ha recibido.

su mérito, es su única proteccion. Mas tal fué la impresion que hizo su virtud noble y generosa, que le dispensaron toda su confianza, le consultaron en los casos urgentes y de conciencia, y le propusieron por modelo de los Obispos. Sus pretensiones eran admitidas, y obtenian de la clemencia del Rey el perdon y la gracia de tantos culpados, y:: ¡ó heroísmo! hasta de sus mismos enemigos (1), semejante á un astro, que por su naturaleza no tiene mas que una luz bienhechora.

La prosperidad no añade cosa alguna á su dicha, porque nada añade á su mérito; y la adversidad nada le quita, porque le deja toda su virtud, que tiene en sí misma su mas preciosa recompensa. Nuestro Cardenal contento con poseerla, huye del esplendor de los honores que Carlos III, Carlos IV, la Junta Central, la Nacion y el Romano Pontifice le dispensan, renunciando Mitras, distinciones, supremacías y Capelos; y dejando para los demas la ambicion de conseguirlos, solo procura merecerlos.

Mas no obstante ¿á quienes corresponden las distinciones honrosas que las autoridades dispensan, sino á los hombres de un consumado mérito, capaces de instruir á los demas con sus egemplos, de conducirlos con su sabiduría, y de hacer que en todas partes reinen las virtudes? Si, Señor, ellos solos merecen ocupar estos puestos eminentes que circunda la gloria; y cuando ascienden á ellos con in-

(1) Recomendaba al Gobierno todos los asuntos de sugetos desvalidos que le pedian su proteccion; pero especialmente de aquellos que se habian declarado enemigos suyos, obteniendo del Soberano el perdon, ó que les suavizase la pena.

diferencia, y aun con temor, el público, lleno de confianza en su virtud, acompaña su triunfo con las mas sinceras aclamaciones. En efecto, el aplauso universal es un manantial de gloria mas copioso que las mismas dignidades; y al ver unos y otros unidos y hermanados con tanta humildad (1) en el Sr. Quevedo ¿no os admirais de tan magnífico triunfo de sí mismo?

Al fin, Obispo, Caballero gran Cruz, Presbítero Cardenal, lleno de años y de virtudes, solo le faltaba una corona inmortal, incorruptible y gloriosa; pues vedle, con los Salmos en la boca y las Jaculatorias mas encendidas en el corazon, que la muerte decide de su suerte, Tal es la muerte del justo: lo fué el Emô. Sr. D. Pedro de Quevedo y Quintano. Le he nombrado: no es necesario mas. Proferid la sentencia: *Corpora ipsorum in pace sepulta sunt: et nomen eorum vivit in generationem et generationem.*

Yo, Señor, le estoy ligado con los vínculos de la gratitud y del amor; pero ni estos me han conducido á pintar con colores supuestos su grande alma. He temido que, reanimando sus heladas cenizas, me dijera con semblante severo: ¿Para que turbas mi reposo con bajas adulaciones que siempre aborrecí?

(1) En 1816 escribió una carta á Pio VII, suplicándole que se dignase admitir la renuncia del Capelo y la dimision que hacia del Obispado; porque en adelante por sus achaques y abanzada edad no podría dirigir su grey con la firmeza de que debe estar adornado el Prelado. A cuya súplica, lejos de acceder S. S., le contestó en unos terminos satisfactorios, que demuestran el concepto grande en que le tenia; y asi le pide que continne segun sus fuerzas, por convenir asi á la gloria de Dios y bien de la Iglesia.

Diríjome á vosotros, Señores, á vosotros que le habeis visto tantas veces, que le habeis tratado de cerca, y que le habeis conocido en su vida pública y privada: enseñando, predicando, confirmando y ordenando: en el Palacio, en el Altar, en el Púlpito, en la Iglesia y en todas las funciones de su ministerio Pastoral: ¿No es cierto que en todas ellas ha llenado las obligaciones de Esposo de esta Iglesia, de Padre de este Pueblo, de Pastor de este Rebaño y de Apóstol de esta Diócesi? ¿No es cierto?... Pero.... ¡Ay, que con este espectáculo tierno yo no he hecho sino renovar vuestras llagas! Y las lágrimas y las bendiciones que veo ofrecer sobre ese féretro, bastarían sin duda á asegurarme de la verdad.

Señor: Vos sois el que coronais, y nosotros piadosamente creemos tendreis ya entre vuestros escogidos al que vivió solo para vuestra gloria. Pero si acaso, Señor, tiene alguna cosa que limpiar del polvo de esta misma tierra en que vivió, admitid las oraciones y los sufragios que os ofrecemos por su alma. Y vosotros, Señores, no dudeis que imitando las virtudes que practicó y enseñó vuestro Emô. Prelado, empleareis un sufragio mas poderoso y eficaz, tal vez, que vuestras oraciones: para que si el alma del Sr. Quevedo está aun en el Purgatorio, suba cuanto antes á la Gloria: donde viva y descanse por los siglos de los siglos. Amen.

## ACTO DE CONTRICION

*con que el Emô. Sr. D. Pedro de Quevedo y Quintano  
concluía los Sermones y Pláticas doctrinales.*

Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Criador y Redentor mio, en quien creo, en quien espero, á quien amo mas que á mi vida, mas que á mi alma, mas que á todas las cosas. Á mi me pesa; pésame, Señor, de todo corazon de haberos ofendido; no solo por temor del Infierno, no solo por la esperanza de la Gloria y del Cielo, no solo por los innumerables beneficios que os debo en el orden de la Naturaleza y de la Gracia: me pesa, Señor, de haberos ofendido, principalmente por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, porque sois mi Dios, mi Señor, mi Redentor, mi Salvador, mi Padre clementísimo: Dios omnipotente de infinita misericordia, infinitamente bueno, infinitamente digno de ser amado por Vos mismo. Quisiera, Dios mio, no haber nacido por no haberos ofendido, á cualquier costa que esto fuese. Ya que no es posible, á lo menos, Señor, con vuestra Gracia propongo firmísimamente la enmienda, nunca mas pecar, morir antes que ofenderos, confesarme, cumplir la penitencia, satisfacer á vuestra Justicia, obedecer á mi Confesor, y hacer en todo vuestra divina Voluntad. Espero, Señor, de Vos el perdon de mis pecados por medio del Sacramento de la Penitencia; y desde ahora, con el propósito de recibirlo, espero con vuestra Gracia y las buenas obras la Gloria eterna por vuestros méritos, Pasion y Muerte.

Creo en Dios Padre, en Dios Hijo, en Dios Espíritu Santo. Esperó en Dios Padre, en Dios Hijo, en Dios Espíritu Santo: Amo á Dios Padre, á Dios Hijo, á Dios Espíritu Santo. Amo á Dios mas que á mi alma, mas que á mi vida, mas que á todas las cosas. Amo por Dios á todos mis Prógimos, y á mí mismo. Amo á la Bienaventurada Virgen María; Madre de Dios y Señora nuestra: á todos los Ángeles y Santos del Cielo y me alegro de su gloria, doy gracias á Dios por ella. Amo á todas las Almas del Purgatorio, me compadezco de sus penas, ruego al Señor que cuanto antes las lleve al Cielo. Me amo á mí mismo, á todos mis Prógimos, amigos y enemigos sin excepcion alguna. Pido al Señor conceda á todos cuanto nos convenga en lo espiritual y temporal, su Gracia y su Gloria eterna. Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amen.